

# Nicaragua de océano a océano

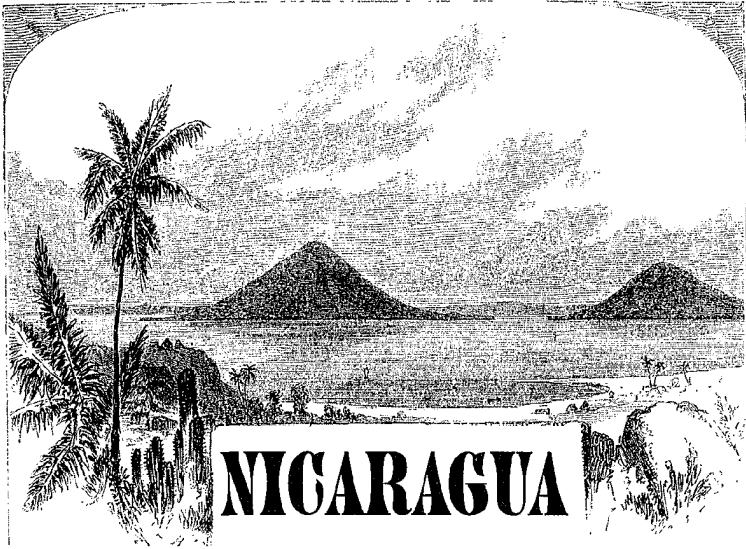
Ephraim George Squier



Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**  
FUNDACIÓN  
[www.enriquebolanos.org](http://www.enriquebolanos.org)

Portadilla: Vista de una calle en León—Calle de San Juan.

Fuente: *Nicaragua; its People, Scenery, Monuments, and the proposed Interoceanic Canal. With numerous original Maps and Illustrations.* D. Appleton & Co., New York:1852, vol. 1, p.339. (También en *Nicaragua; its People, Scenery, Monuments, Resources, Condition and proposed Canal. With one hundred original Maps and Illustrations.* Harper & Brothers, New York:1860, p.323.)



## UNA EXPLORACIÓN DE OCÉANO A OCÉANO

POR E.G. SQUIER

**EL CASTILLO**, o ruinas del viejo fuerte de San Juan, es el primer sitio que el viajero encuentra sobre el río San Juan al entrar en territorio propiamente nicaragüense.<sup>1</sup> Aquí, por primera vez, se le saluda con la bandera náutica azul, blanco y azul, con un óvalo al centro que encierra un triángulo y tres volcanes; y según sugiere H\_\_\_\_, los tres volcanes son el más típico emblema de la situación política del país. Aquí también la seriedad del visitante se verá puesta a prueba por un pelotón de andrajosos soldados con sus parvos mosquetes, a quienes se llama “valientes” en los boletines del país, y que suponen formar la guarnición del

<sup>1</sup> Como la mayoría de los viajeros de la época, E.G. Squier arribó a nuestro país por el puerto caribeño de San Juan del Norte o *Greytown*, ocupado entonces por tropas inglesas. La costa Caribe de Nicaragua (o *Mosquitia*) era entonces un protectorado inglés, dando lugar a su afirmación. En este artículo, publicado en dos partes en *Harper's New Monthly Magazine*, nos. LXV y LXVI, correspondientes a octubre y noviembre de 1855, Squier relata las peripecias de su segundo viaje a Nicaragua, realizado a título personal en marzo de 1853.

Castillo. Digo suponen, puesto que no ocupan el viejo fuerte, sino un par de cobertizos recién levantados en la colina, al pie de sus muros. Hay además un centinela que se pasea frente al portón de la fortaleza, en cuyo interior no hay ni un sólo cañón y al que sólo se puede entrar por un destartalado puente de troncos podridos tendidos sobre la fosa. Su responsabilidad, por lo tanto, es grande, más aún cuando alguien lo mira, momento en que cargará su mosquete con un tieso remedo de aire militar que resultaba por demás irresistible. Pero si bien los descastados y amestizados hijos de los Conquistadores sólo nos inspiran una mezcla de compasión y desdén, el viajero no puede evitar un sentimiento de admiración por aquellos férreos aventureros que en medio del vasto trópico salvaje, mucho antes que los Puritanos desembarcasen en Plymouth o que Nueva York fuese fundada, levantaron aquí estas macizas fortificaciones que aún en ruinas parecen desafiar al destructor; ¡el Tiempo!<sup>2</sup>

La colina donde está situado el fuerte es empinada y ocupa un ángulo del río donde la corriente se ve interrumpida por dificultosos raudales. Por consiguiente, domina el río aguas arriba y abajo a lo largo de un buen trecho. La vista desde la cumbre es en extremo bella, abarca millas y millas de bosque esmeraldino, interrumpida por anchos y plateados remansos de agua. A excepción del villorrio fundado por la Compañía del Tránsito al pie de la colina, no existe otra señal de civilización, ni una sola cabaña, ni un verde huerto, sólo la silenciosa selva interminable.

Era ya de noche cuando llegamos al Castillo, tras cuatro días de viaje desde San Juan del Norte, y ahí nos recibió con gran cordialidad Mr. Ruggles, agente de la Compañía del Tránsito en el lugar. En su establecimiento nos proporcionó camas, donde pudimos estirar las extremidades con la feliz consciencia de saber que había “amplitud y margen suficiente.” H\_\_\_ sin embargo, pretextó que luego de haber pasado los últimos cuatro días em-

2 Squier se equivoca en este dato. La fortaleza del Castillo de la Inmaculada Concepción no fue erigida sino hasta 1675, o sea 151 años después que los conquistadores arribaron por primera vez a Nicaragua.

balado en un cajón de tres pies de largo por dos de ancho, había adquirido una casi irresistible tendencia a doblarse como navaja plegadiza. El Capitán M\_\_\_\_, para no quedarse atrás, se quejó formalmente de la insustancial naturaleza de su almohada, en comparación con el frasco de encurtidos y el par de botas que le habían servido como tal a bordo de nuestro bote.

Llovió durante la noche, pero, como suele suceder, amaneció despejado y nos levantamos temprano para ayudar a halar nuestro bote sobre el “Raudal del Castillo.” Estos rápidos casi ameritan el nombre de saltos, y se remontan sólo con gran dificultad. Los vapores de la Compañía del Tránsito ni siquiera lo intentan, sino que desembarcan a los pasajeros aguas abajo, para cruzar a pie y reembarcar aguas arriba en otros navíos a pocos cientos de yardas. Un rústico carril de madera, que conecta el anclaje inferior con el superior, transporta el equipaje y la carga. Poco antes de nuestra visita, uno de los vapores que navegaba por los raudales se vio arrastrado por la caída de agua, ahogándose un considerable número de pasajeros. Este incidente fue silenciado con mucha diligencia, para evitar que su publicidad dañase la reputación de la ruta.

En ocasión de mi primera visita,<sup>3</sup> la única evidencia de ocupación humana era un rancho solitario, construido sobre la “plataforma,” es decir, la antigua barrera rompeolas de la fortaleza, donde permanecían estacionados algunos soldados para ayudar a los boteros a remontar los raudales. Un año después, cuando regresé río abajo rumbo a casa,<sup>4</sup> hasta ese solitario rancho estaba desierto; lo habían invadido las malezas, su techo había colapsado, y al acercarme, un enjuto lobo salió disparado por la entrada.<sup>5</sup> Han transcurrido menos de tres años desde entonces, y ahora una pujante villa de varios centenares de

3 Squier había arribado por esta misma vía casi cuatro años antes, en junio de 1849, para ejercer su cargo diplomático en Nicaragua.

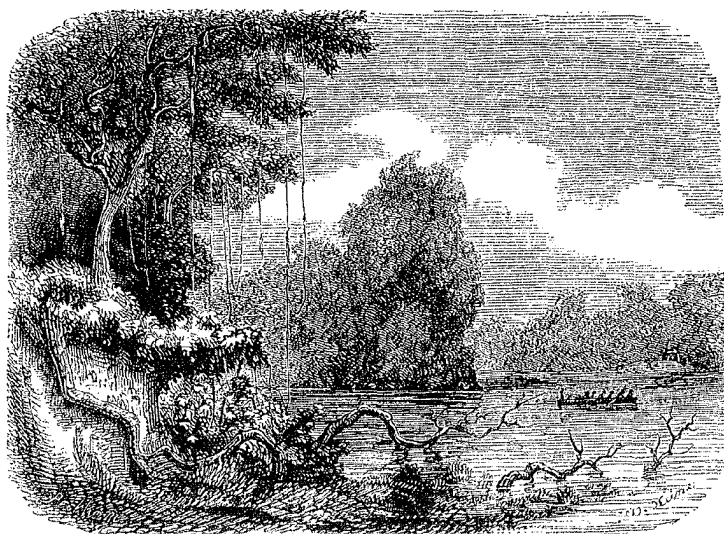
4 Junio de 1850.

5 No existen lobos, ni coyotes, en los bosques del río San Juan, posiblemente se trataba de algún perro vago.

habitantes ha surgido al pie de la antigua fortaleza; el sitio del solitario rancho lo ocupan ahora una nítida fila de cabañas y a lo largo de la otrora desierta y desolada ribera, varias estructuras grandes a modo de establos ostentan el jocoso rótulo de “Hoteles.”

Desayunamos juntos en el “Hotel Crescent” con huevos y jamón servidos al precio de California, lo que es decir más de veinte veces su valor, y a las nueve estábamos otra vez apretujados en nuestro bote para remontar el río. A mediodía alcanzamos los últimos raudales que se encuentran en el ascenso, los llamados “Rápidos del Toro.” Aquí el río se desparrama sobre un amplio lecho de rocas, entre cuyas masas inconexas el agua gira y se arremolina en profundas y oscuras pozas, tornando la navegación tanto difícil como peligrosa. Durante la estación seca estos raudales son infranqueables para los vapores fluviales, y los pasajeros se ven obligados a hacer un tercer acarreo a pie. Dejamos que nuestros hombres forzaran el bote contra la poderosa corriente y entramos a la angosta trocha que atraviesa el bosque bordeando los raudales. A mitad del camino, rodeados ya por la vegetación fresca y húmeda, encontramos las ruinas de un ranchito de paja, y evidencias de que su anterior ocupante había intentado hacer allí un claro en la selva. A pocos pasos de ahí dos cruces rústicas, pudriéndose sobre una depresión oblonga donde se empozaba verdosa y putrefacta el agua de lluvia, narraba muy a las claras el destino de quienes lo habían construido. Pocos meses más y ya no quedará testimonio alguno de su existencia; pero quizás estos solitarios durmientes dejaron tras de sí, en las riberas del rutilante Hudson o del turbio Mississippi, corazones que sangran y ojos que lloran amargas lágrimas, cuando el afecto evoca la memoria de los amados y desaparecidos. Nuestro alegre y casi temerario grupo quitóse los sombreros en señal de reverencia, pasando en silencio frente a las tumbas hundidas en el bosque.

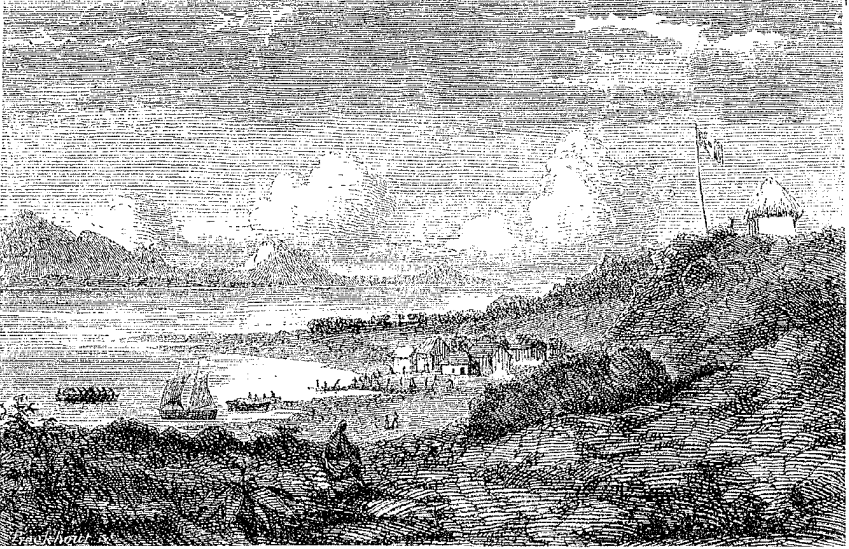
Arriba de los “Rápidos del Toro,” aunque posee aún una fuerte corriente, el río es ancho y profundo, y casi merece el



UNA ESCENA EN EL RÍO SAN JUAN

nombre de estuario del Lago de Nicaragua. Los bancos también empiezan a disminuir de altura y los troncos de árboles caídos, con sus raíces aferradas aún a las orillas, bordean la ribera. De ellos cuelgan largas *lianas* o bejucos, como cables suspendidos de las ramas más altas de los árboles, que sirven a su vez de apoyo a racimos de plantas parásitas encendidas de alegres flores. A medida que el viajero avanza, observa que las riberas se hacen aún más bajas y que los árboles del bosque, ahora de menor tamaño, alternan con palmeras de hojas finas como plumas, que gradualmente usurpan las orillas con sus elegantes penachos, desterrando otras formas vegetales. Forman ellas un tupido toldo que cubre la tierra e impide todo rayo de sol, manteniéndola empozada y desprovista de vida bajo su sombra. Los arroyos que abajo serpentean son oscuros y lentos —madriguera propia para lagartos y otros monstruos impuros, como aquellos que hicieron detestable el período Sáurico, con sus figuras enormes y contrahechas que los geólogos nos han mostrado impresas en

estratos rocosos, ¡en cuyas pétreas hojas, damos gracias al Cielo, se mantienen a buen resguardo! Los nombres de esos arroyos indican certeramente las características de los alrededores. Allí se encuentran el río Palo de Arco, bajo un arco de árboles, Poco Sol, sumido en la penumbra, y río Mosquito, nombre que sugiere noches de insomnio y juramentos rayanos en lo blasfemo.<sup>6</sup>



SAN CARLOS Y EL FUERTE

La segunda mañana después de nuestra salida del Castillo nos puso a la vista de la alicaída asta de la bandera y los ranchos de paja del fuerte San Carlos, situado en la margen izquierda del río, en el punto donde éste se separa del lago. El viejo fuerte está cubierto por una densa vegetación que lo oculta por completo de la vista. Ocupa una posición dominante sobre un promontorio o cabeza de playa que parece haber sido colocada allí para

<sup>6</sup> “Poco Sol” es un término de origen guatuso, *pocosol*, que significa “dos saltos.”



marcar el punto preciso donde termina el lago y comienza el río. Bajo la Corona, se le daba cuidadoso mantenimiento y contaba con un fuerte destacamento. Pero hoy su puente levadizo está en deterioro; grandes árboles crecen en el foso, las lianas trepan por sus muros, se enredan en los desmantelados cañones y enrollan sus delicados zarcillos en las rejas de sus desiertas celdas.

Un viejo amigo mío, Don Patricio Rivas, era Comandante de San Carlos, en lugar de aquel coronel regordete y ameno que me hizo honores haciendo marchar a su ralo pelotón en celebración de mi primera visita. Don Patricio nos invitó a saborear un taza de café matutino e insistió en que nos quedásemos a desayunar, pero estábamos ansiosos por continuar el viaje y sin más miramiento declinamos su invitación.<sup>7</sup> Olvidando mis anteriores experiencias en el país, me engañé pensando que en el curso de tres o cuatro horas estaríamos en camino, pues nada nos detenía sino la instalación de un mástil temporal. Pero hasta ahora no se ha sabido de ninguna tripulación nicaragüense capaz de zarpar de San Carlos en el mismo día, pues cada uno tiene su enamorada de piel canela a la que invariablemente trae del puerto algún artículo de regalo. Al desembarcar habíamos dejado instrucciones estrictas a los hombres para que tuvieran todo listo de modo de partir de inmediato, cosa que sin vacilar prometieron. Pero a nuestro regreso, no sólo no habían hecho nada para lograr tal propósito, sino que los hombres mismos se habían dispersado por el pueblo. Esperamos su regreso, pero fue en vano, y finalmente nos pusimos en marcha, ya con un humor infernal, decididos a echar mano a sus negros cuerpos dondequiera que se hallasen. Logramos dar con el *patrón* y con uno de sus hombres y los llevamos al bote, pero pronto ingenieron un escape so pretexto de ir en busca de sus compañeros. Las horas pasaron, y el sol estaba ya alto y caliente; vimos el desayuno del Comandante pasar humeante y apetitoso de la cocina a su casa,

<sup>7</sup> Patricio Rivas fue poco después elegido como Presidente de la República durante el gobierno de facto de William Walter, posición a la que renunció al descubrir las verdaderas intenciones del jefe de los filibusteros.

y después, con melancólico interés, contemplamos de vuelta los platos ya vacíos acarreados de la casa a la cocina, ¡y los testarudos lancheros seguían sin aparecer! El sol ascendió más y el viento, que había soplado bastante a nuestro favor, cesó por completo. Ya era mediodía y nosotros esperando aún en la costa. Sin poder tolerarlo más presenté formal queja ante Don Patricio, quien ya se había acomodado en su hamaca para disfrutar su *siesta*. Se encogió de hombros y dijo que los marineros eran siempre así, sin embargo, ordenó al sargento de guardia dar caza a los dispersos.

En el ínterin yo había comprado un mástil para nuestro bote a un costo de diez veces su valor y lo habíamos instalado en su base para evitarnos cualquier atraso que esto pudiese ocasionar. ¡Y seguíamos a la espera! Finalmente, al rayar las tres de la tarde, cuando teníamos el ánimo tan corrompido que el lector difícilmente podría imaginarlo, se logró juntar a los hombres. Pero en vez de ocupar sus posiciones se sentaron aparte, bajo la sombra de un árbol, a conferenciar largo y tendido. El resultado de sus deliberaciones fue que habían escuchado que el gobierno estaba reclutando tropas en Granada (es decir, reuniéndolas a la fuerza) y que por tal razón no podían continuar el viaje. Era evidente que se imaginaban que no podríamos proceder sin ellos, y que recurrían a ese pretexto para sacarnos una paga adicional. Conocían a los americanos<sup>8</sup> lo suficiente para comprender la impaciencia que les acomete ante los retrasos, e intentar valerse de ella en nuestro caso. Pero no estábamos de humor para seguirles el juego y resolvimos que, ya que el viento era propicio, nosotros mismos podríamos gobernar el bote. Así que despachamos a empujones sus escasas pertenencias, los mandamos al *Demonio* con lujo de vehemencia, como *hombres sin vergüenza*, y, para su gran asombro, izamos velas y zarpamos.

Tan pronto como nos alejamos de la costa por sotavento, las velas tomaron una fuerte brisa que disparó nuestro bote como

<sup>8</sup> En inglés, "América" se usa para referirse a los EE.UU. y "americanos" para los ciudadanos de dicho país.

caballo de carreras. El Teniente J\_\_\_ fue elegido comodoro, *nem. con.*,<sup>9</sup> y se asignaron posiciones a los demás miembros del grupo, según lo permitían sus habilidades y experiencias. H\_\_\_ solía trazar muchos dibujos de elegantes botes, veleros y vapores; casi siempre lograba distinguir la proa de la popa, pero sus conocimientos de navegación eran deplorablemente imperfectos. Aún así se le instaló como responsable de vigilar los tensores, o según él mismo decía, como “operario de las cuerdas.” El doctor, más ducho en asuntos náuticos, fue asignado a las drizas, mientras que al voluminoso Capitán M\_\_\_ le encomendamos equilibrar el navío, desplazando su corpulenta masa de un lado a otro, según lo requiriese la ocasión.

Zarpamos animosos del fuerte San Carlos y en son de burla disparamos nuestras armas frente a las narices de la insubordinada tripulación. Por momentos el viento refrescaba y nuestro bote parecía aligerarse e infundirse de vida. Pero nuestro mástil era débil y se doblaba bajo el esfuerzo. De pronto escuchamos un crujido sospechoso, como si estuviera a punto de quebrarse, a lo que siguió prontamente la orden de “¡soltar las drizas!” Pero H\_\_\_ ya había olvidado la diferencia entre tensores y drizas, y en su premura por “operar las cuerdas,” dio un espasmódico tirón a las amarras, dejando caer la vela “a plan.” En un instante ésta voló sobre cubierta, inclinando el bote con tal fuerza que hombres, remos y equipaje quedaron revolcados y apilados y el bote se llenó de agua hasta la mitad. Por breves instantes estuvimos en situación de peligro, pero a costa de una empapada general, logramos por fin arriar la vela. Como ya estábamos ocultos de la vista del fuerte, gracias a un generoso promontorio, decidimos hacer un par de reparaciones en la lona y proseguimos nuestro derrotero con mayor seguridad, aunque con menos celeridad.

Era una tarde de insuperable belleza y el paisaje alrededor armonizaba en todos los aspectos con los cielos que se arquea-

<sup>9</sup> Abreviación de *nemine contra dicente*, (Lat.) “ninguno contradiciendo,” es decir, sin oposición, unánimemente.

ban sobre nuestras cabezas —embellecido aquí de carmesí y de oro y allá desvaneciéndose en delicados tonos nacarados, con retazos de nubes tan esponjadas y livianas que parecían disolverse en el aire ante los ojos del espectador. Las costas de Italia y los lagos en el regazo de los Alpes, coronados de nieve y resplandecientes al pie de la frontera de Lombardía, ciertamente



EL "COLÓN" EN EL LAGO

combinan casi todos los elementos de la grandiosidad y la hermosura. El azul de sus aguas es insuperable y las escarpadas rocas que serpentean en su entorno dejan poco que desear a la imaginación en cuanto a imponentia y grandeza. Pero los lagos de Nicaragua les superan por sus rasgos novedosos e impresionantes. Aquí se yerguen altivos volcanes, los irregulares conos

emulan a las Pirámides en la simetría de sus perfiles. En torno a sus faldas se congregan espesos bosques de un verde oscuro, como labrados en esmeralda. Por encima de éstos, combinado con incomparable sutileza, se encuentra el verde tierno de los pastos de montaña, mientras las cumbres de color terroso, donde la árida escoria se niega a nutrir la vida, se adornan con blancas coronas de nubes a cuyo través la luz solar se estremece en un centenar de tonos opalinos. También las islas que disfrutan las aguas son una exuberante arboleda tropical. La palmera yergue su regio tronco muy arriba de los bosques y se dibuja etérea contra el cielo, mientras que plantas de robusto tallo y enredaderas en densas masas revisten las rocas, o penden de los árboles por encima del agua, que se oscurece y parece adormecerse bajo su fresca sombra. Y aunque aquí no existen ni castillos encaramados en altas cumbres, ni aferrados al tajo de los precipicios, ni siquiera villas de blancos muros anidando en la costa, aún así el viajero percibe vistas marinas que se abren entre la arboleda y revelan paisajes de chozas primitivas y pintorescas, enmarcadas por plátanos y papayos cargados de doradas frutas. Canoas de gráciles líneas yacen en la sombreada costa, y oscuras formas humanas de una raza extraña y en decadencia observan al forastero con curioso interés cuando éste se desplaza en silencio frente a ellos. Tales son algunos de los variados elementos de lo grandioso, lo bello y lo pintoresco que otorgan a los lagos de Nicaragua su indiscutible preeminencia sobre aquellos consagrados por los recuerdos e inmortalizados en los cantos, y que reciben el homenaje de los amantes de la naturaleza en el Viejo Mundo.

Navegamos alegremente frente al grupo de isletas de El Boquete y el villorrio de San Miguelito, ubicado en la costa norte del lago. Hatos de ganado se holgaban en la playa, las jóvenes pueblerinas llenaban sus cántaros bajo la sombra de los árboles, mientras que lapas de brillantes alas y bulliciosas loras curioso-seaban desde las ramas, y hacían resonar la costa con sus ríspidos llamados.

Fue mucho después de haber anochecido que bordeamos el elevado promontorio de negras rocas volcánicas que aíslan la *playa* de “El Pedernal,” y a su resguardo anclamos esa noche. Habíamos realizado, en términos náuticos, “un recorrido espléndido” y completado casi una tercera parte del trayecto entre el fuerte y Granada, que era nuestra ciudad destino. Habíamos dejado atrás la región de las lluvias perennes. Era la época seca en la zona de los lagos, y las estrellas irradiaban un fulgor claro y casi sobrenatural, bajo un cielo sereno y despejado. Nuevas constelaciones giraban en lo alto; la Cruz del Sur enjoyaba el seno de la noche mientras la familiar Estrella Polar, rolando bajo en el horizonte, era apenas visible sobre las copas de los árboles. Minúsculas olas jugueteaban y tintineaban bajo la proa de nuestro bote, mientras que el oleaje de lago adentro se cimbraba con un sonido sordo y monótono contra las rocas ásperas y oscuras que hacían de rompeolas al pequeño puerto. Permanecí por horas en un estado de duermevela, somnoliento, consciente sólo de aquellas impresiones que proceden de la Naturaleza misma, y que moldean y conforman todo un flujo de ideas en simpatía con su propia belleza armoniosa. Pero al fin vino la inconsciencia, quieta y libre de sueños, y reinó supremo el silencio hasta que el gris amanecer reanimó al vigilante Capitán, cuyo grito “¡A levantarse!” alertó a todas las figuras yacentes a eruirse de un salto, y el sueño huyó de cada párpado.

Al asomar el sol, encendiendo con sus rayos los altos conos volcánicos de Ometepe y Maderas, nos encontrábamos a medio lago, claramente enrumbados hacia el azulado pico del volcán Mombacho, que se yergue sobre la ciudad de Granada. Los marineros del lago raras veces se aventuran a cruzarlo en sus rústicos *bongos*, mas bien bordean por la costa norte, evadiendo a veces las pequeñas bahías, pero más frecuentemente apegándose a la curva del terreno. Esta precaución obedece a lo agitado de las aguas. Impulsadas por los fuertes alisios del noreste, sus olas emulan las del océano y dan majestuosos tumbos en su costa meridional. En ciertas épocas del año, súbitas turbonadas apa-

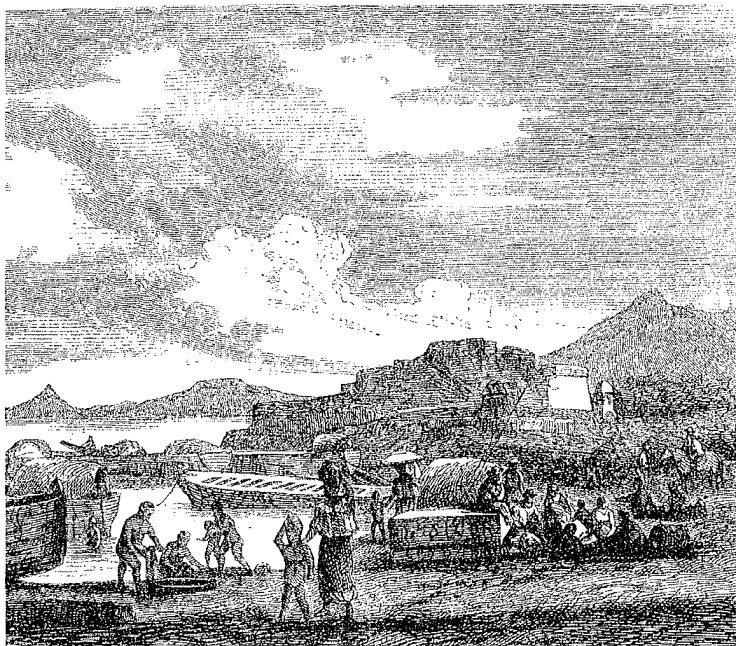
recen como por encanto en el horizonte, avanzan sobre la superficie con impetuoso vigor, y con frecuencia engullen los frágiles botes que encuentran a su paso bajo las bullentes aguas. Para ventura nuestra, el tiempo estuvo sereno y el viento bueno, y proseguimos ruta con feliz celeridad. Al mediodía, se distinguía nítido el perfil de la elevada isla de Zapatera, y el grupo de isletas llamadas “*Los Corrales*,” que tachonan el lago al pie del volcán Mombacho, asomaban de las aguas como aristas de esmeralda.

Zapatera tenía para mí un interés especial. Tres años atrás había dedicado una semana a explorar las antiguas ruinas que se desmoronan bajo sus bosques colosales —una semana de interés y emoción incomparables, pues cada hora traía consigo algún nuevo descubrimiento y cada palmo de terreno rendía algún curioso testimonio de una raza ya desaparecida.<sup>10</sup> Me sentí casi inclinado a enrumbar el bote hacia sus costas y reiniciar las investigaciones que entonces me había visto obligado a suspender en deferencia a responsabilidades oficiales. Antiguamente Zapatera llevaba el nombre de *Chomitl-Tenamitl*,<sup>11</sup> y su lejana vecina, con sus dos altivos picos, tuvo el característico nombre mexicano de *Ometepec*,<sup>12</sup> Dos Montañas. Éstas, junto con las islas de Solentiname y el estrecho istmo que yace entre el lago y el Pacífico, fueron asiento de una nación que hablaba una misma lengua y que tenía en común las mismas costumbres, formas de gobierno y religión que aquellos que habitaron el altiplano de México, y que constituían el imperio de Montezuma. Pero si fueron una colonia de éstos últimos o de sus ancestros, ¿quién habrá de esclarecerlo, en el laberinto de tradiciones contradictorias y ante la ausencia de archivos auténticos?

10 Hoy sabemos que los constructores de las estatuas de Zapatera fueron los chorotegas, que llegaron de México varios siglos antes del surgimiento de los aztecas.

11 De *chomitl*, comal, y *tenamitl*, laja o piedra plana; “lajas en forma de comal.” Ver Incer Barquero, Jaime, *Nicaragua: Viajes, Rutas y Encuentros (1502–1838)*, Asociación Libro Libre, 2a. ed., 1993. p. 187.

12 De *ome*, dos, y *tepetl*, cerro; “los dos cerros.” Ver Incer Barquero, Jaime, *Toponimias Indígenas de Nicaragua*, Asociación Libro Libre, 1985, p. 446.



LA PLAYA DE GRANADA

Al mediar la tarde bordeábamos las islas del encantado grupo de “*Los Corrales*.” Éste comprende, literalmente, cientos de isletas de origen volcánico, que se elevan en forma cónica a una altura de veinte a cien pies.<sup>13</sup> Están formadas por inmensas rocas de lava, negras y ampolladas por el fuego; pero sus cumbres están coronadas de verdor y largas enredaderas cuelgan de sus ásperos costados hasta la mera orilla del agua. Algunas de ellas, ahí donde hay suficiente acumulación de suelo, están salpicadas por pintorescas chozas indias, sombreadas por altas palmeras y circundadas de platanares. Pero la mayoría de ellas han queda-

<sup>13</sup> Se refiere a las isletas de Granada, antiguamente llamadas “Los Corrales” debido a los corrales de piedra en los que los isleños encerraban peces para su consumo.



do a merced de la naturaleza y son el refugio favorito de miríadas de loras y bandadas de aves acuáticas.

Súbitamente, al doblar el islote de Cuba, el más remoto de Los Corrales, la *playa* de Granada se abrió ante nosotros. Allí, como antaño, se erguía el viejo fuerte, y la playa, igual que la había visto por la última vez, pululaba con sus variados grupos de lancheros, *lavanderas* y vagos. Allí seguían, posadas en la costa, las mismas gráciles canoas y los mismos bromosos *bongos* que han transportado el comercio de Granada desde tiempos de la Conquista. Pero en raro contraste con lo demás, el único elemento nuevo o novedoso en este panorama era uno de los vapores de la Compañía del Tránsito, con su penacho de vapor al aire, y su bandera de estrellas ondeando al viento —portentoso pionero en esa carrera de empresas que pronto habrán de dar una nueva vida, un nuevo espíritu y una nueva gente a estas gloriosas tierras del sol.<sup>14</sup>

Fondeamos nuestro bote al resguardo del viejo fuerte y saltamos a tierra, habiendo realizado el viaje desde San Carlos —una distancia de más de cien millas— en el breve lapso de dieciocho horas de navegación, algo sin precedente. Apenas había tocado tierra cuando fui casi alzado en vilo por el hercúleo abrazo de Antonio Paladán, mi antiguo *patrón*, quien se valió de este gesto elephantino para manifestar su agrado por verme de nuevo. Me había acompañado él en mi visita a Zapatera y luego me había llevado a San Juan en su bongo preferido, “*La Granadina*.” ¡Pobre Antonio! Poco después fue asesinado sin motivo por un brutal Capitán de la Compañía del Tránsito, un refugiado portugués que logró escapar de la justicia debido a la intromisión de un muy afanoso embajador americano. No me motiva el egoísmo al vindicar la memoria del pobre *patrón*; es sólo un justo tributo a su humilde mérito afirmar que nunca ha habido un corazón más honesto y más fiel que el que palpitaba bajo el moreno

<sup>14</sup> En efecto, dos años después de esta segunda visita de Squier, arribaron las huestes de William Walker, quienes dominados por una mentalidad esclavista trataron de subyugar a la población del país, sin lograr su propósito.

pecho de Antonio Paladán, el asesinado y ya olvidado *patrón* del Lago de Nicaragua.<sup>15</sup>

Granada ocupa el sitio del poblado indio de Xalteba o Jalteva. La ubicación fue sabiamente elegida, en una pequeña bahía o *playa* que traza en el terreno su elegante media luna, de modo que brinda cierto resguardo de los vientos nordestinos. La playa es amplia y arenosa, bordeada por árboles bajos aunque umbrosos, bajo los cuales parte hacia la ciudad una multitud de veredas y anchos caminos carreteros, ocultos por completo de la vista por su intrincado verdor. Toda el agua para el uso de la ciudad se acarrea del lago, y allá van mañana y tarde las mujeres en tropel, con sus rojas tinajas en equilibrio sobre la cabeza, formando largas y pintorescas procesiones en alegre parloteo, siempre con una atrevida sonrisa y un agudo comentario para el forastero audaz. Aquí las *lavanderas* —dulce vocablo español que contrasta con nuestro áspero inglés *washerwomen*— laboran mañana y tarde en su imprescindible oficio, y aquí también acuden los bañistas para sus diarias abluciones —un proceso que se conduce en feliz desafío a nuestro convencionalismo, que es más severo. Así, con los morenos grupos de lancharos medio desnudos y con caballos alegremente enjaezados que son el orgullo de sus amos cuando, espoleados sobre las suaves arenas, el declinante sol los impulsa a buscar la sombra de los árboles, la *playa* de Granada presenta una escena de alegría y vitalidad que en su exultante *abandono* y pintoresco efecto no se podría igualar en ninguna parte del mundo.

Al dejar la costa, el viajero asciende en suave pendiente por una serie de terraplenes hasta alcanzar el nivel de la ciudad. Primero se encuentra con chozas dispersas, algunas construidas de caña y cubiertas de paja; otras revestidas de barro, encaladas y techadas con tejas. Un macizo de árboles, usualmente *jocotes*,

15 Se refiere a Antonio Paladino, botero asesinado por el capitán del vaporcito *Routh*, de apellido Smith, el 15 de mayo de 1854; esta acción, y la intromisión del embajador Solon Borland, fueron la causa del cañoneo a San Juan del Norte por parte de la corbeta de guerra *Cyane* el 13 de julio de 1854.

es decir, ciruelos silvestres, le da sombra a cada una, y puertas adentro puede mirarse a las mujeres hilando algodón en una pequeña rueca de pedal, o atareadas moliendo maíz para las *tortillas*. En casi todas las casas hay una o dos loras intercambiando chillidos, o alguna torpe lapa que se bambolea sobre el tejado, mientras alrededor los cerdos, perros, gallinas y niños desnudos discurren en términos de perfecta igualdad.

Más allá de las chozas comienza la ciudad propiamente dicha. Las construcciones son por lo general de ladrillos de barro secados al sol, o adobes, montadas sobre bases de piedra cantera y coronadas por techos y aleros de teja. Las ventanas en su mayor parte son de balcón, protegidas por fuera con ornamentadas rejas de hierro y por dentro por persianas de colores vivos. Todas son bajas, rara vez excede su altura más de un piso, y están edificadas en plantas cuadrangulares, se entra a ellas a través de sólidos y ornamentados *zaguanes*, o arcadas, desde los cuales se vislumbran naranjos y jardineras de flores con los que el gusto femenino decora los patios. Los andenes se elevan a uno o dos pies sobre el nivel de la calle y apenas tienen el ancho suficiente para permitir el paso de una persona a la vez. Las calles que llevan al centro de la ciudad, o *plaza*, son empedradas, como en nuestras propias ciudades, con la diferencia de que en vez de ser convexas, éstas presentan una superficie cóncava, y forman el desagüe en el centro de la calle.

Al igual que todas las demás ciudades españolas, Granada luce una apariencia pobre para quien está acostumbrado a la arquitectura europea. Pero pronto se llega a comprender el perfecto acoplamiento de las edificaciones con las condiciones del país, donde la seguridad ante los terremotos y la protección contra los calores y las lluvias son los principales criterios que se consultan en su erección. Las ventanas nunca se recubren con vidrio, y los aposentos raras veces cuentan con cielo raso, son por consiguiente bien ventilados, mientras que los gruesos muros de adobe resisten con ventura los calurosos rayos del sol.

Granada fue fundada por [Francisco] Hernández de Córdo-

ba en 1552,<sup>16</sup> y es, por tanto, una de las ciudades más antiguas del continente. La región que la rodea, según palabras del pío de Las Casas “era una de las más pobladas en toda la América” y era rica en productos agrícolas, entre los cuales el *cacao*, o nuez de chocolate, era el de más alto valor, y pronto llegó a constituir un importante rubro de exportación. A la postre, las ventajas que poseía para la comunicación con ambos océanos, el Atlántico y el Pacífico, hicieron de ella centro de gran comercio. Se negociaba directamente con Guatemala, Honduras y San Salvador, así también con Perú, Panamá, Cartagena y España. Gage, el viejo fraile inglés nos cuenta que durante su visita en el año de 1665,<sup>17</sup> “entraron a la ciudad en un sólo día no menos de mil ochocientas mulas procedentes de San Salvador y Honduras, cargadas de añil, cochinilla y cueros. Y en los dos días subsiguientes, —añade— arribaron novecientas mulas más, una tercera parte de las cuales venían cargadas de plata, que era el tributo del rey.”<sup>18</sup>

Los filibusteros<sup>19</sup> abundaban en esos tiempos tanto como ahora —menos escandalosos pero más osados; y era frecuente, según observa el viejo y pintoresco cronista, que “a los comerciantes hacían temblar y sudar con un sudor frío.” No se contentaron con merodear por la boca de “El Desaguadero,” o río San Juan, y capturar las embarcaciones fletadas desde Granada, sino que, en 1686, tuvieron la audacia de desembarcar y tomarse la ciudad. Aquel viejo y raro bandido De Lussan, quien era uno de la banda, nos ha dejado un jactancioso relato de la aventura: “por nuestra parte —dice— nos costó solamente cuatro muertos y ocho heridos, lo que fue, en verdad, ¡muy barato!” Pero los piratas obtuvieron pobre botín; pues los habitantes habían em-

16 Posiblemente un error tipográfico; es de suponer que quiso decir 1525. La fecha verdadera es octubre o noviembre de 1524. Ver Arellano, Jorge Eduardo, *Historia Básica de Nicaragua*, vol. 1, 2a. ed., 1997, p. 43.

17 En realidad, Thomas Gage pasó por Nicaragua en 1636.

18 Ver Incer Barquero, Jaime, *Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua*, Colección Cultural de Centro América, Serie Cronistas no. 6, 2002, p. 553.

19 Filibusteros, del inglés *free-booters*, soldados de ocasión, corsarios o piratas.

barcado sus tesoros y se habían retirado a las isletas del lago, donde los piratas, por carecer de botes, no los pudieron perseguir. Así que “incendiaron las casas por pura maldad y venganza,” y luego se retiraron. De Lussan describe la ciudad de aquel entonces como grande y espaciosa, con “iglesias señoriales y casas bastante bien construidas, además de varios establecimientos religiosos, para hombres y mujeres.”<sup>20</sup>

Aunque el comercio de Granada ha menguado debido a la apertura de otros puertos en los demás países centroamericanos, sigue siendo sin embargo la principal ciudad comercial de Nicaragua. Hasta el momento de nuestra visita había sufrido mucho menos violencia que su rival León, la capital política de la provincia bajo la Corona y del Estado durante la República. Y, mientras que esta última ciudad en varias ocasiones ha sido casi devastada por prolongados sitios, durante uno de los cuales no menos de mil ochocientas casas fueron incendiadas en una sola noche,<sup>21</sup> Granada había escapado sin mayores daños a su prosperidad. Pero en hora aciaga algunos de sus principales ciudadanos, ambiciosos de poder político y militar y deseosos de figuración, lograron colocar a uno de ellos en el puesto de Director del Estado, Don Fruto Chamorro, hombre de escaso intelecto, pertinaz en su propósito y obstinado de carácter. Los métodos que para ello se emplearon fueron bastante dudosos, y probablemente no soportarían un minucioso escrutinio. Esto ocasionó gran descontento entre la gente, mismo que fue atizado por las políticas reaccionarias del nuevo Director. Una de sus primeras acciones fue derogar la Constitución del Estado y sustituirla por otra que confería al Ejecutivo poderes poco menos que dictatoriales. Por oponerse a ello en la Asamblea Constituyente, y bajo el pretexto de que conspiraban para derrocarlo, Chamorro desterró de súbito a la mayor parte de los líderes del

20 Ver Incer Barquero, Jaime, *Piratas y Aventureros en las Costas de Nicaragua*, Colección Cultural de Centroamérica, Serie Cronistas no. 7, 2003, p. 100-1.

21 Posiblemente Squier se refiere aquí al sitio y toma de León por las huestes del general Francisco Malespín en 1844. Ver nota 65, p. 74.

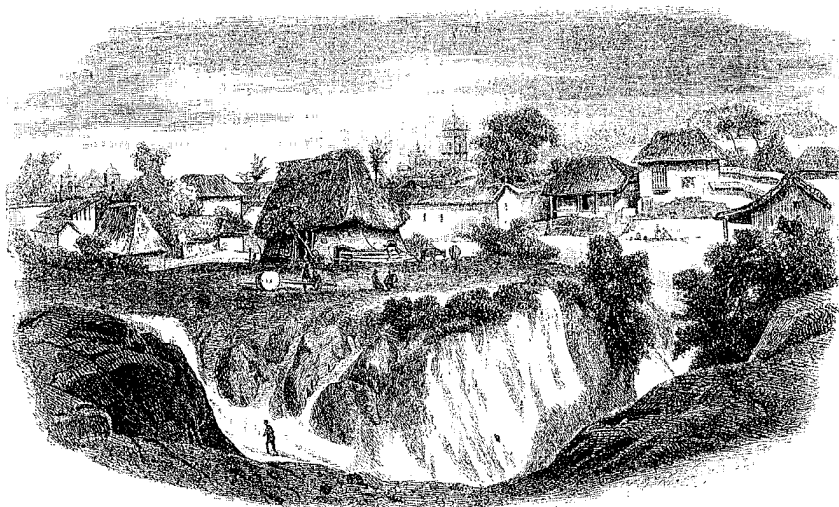
partido Liberal, y arbitrariamente encarceló al resto.

Estos hechos precipitaron —si es que de hecho no causaron— justo los resultados que se pretendía evitar. En la primavera de 1854, pocos meses después de su expulsión, los perseguidos liberales regresaron de pronto al Estado y fueron recibidos con júbilo por la población, que de inmediato se levantó en armas contra el nuevo Dictador. Éste fue derrotado en todos los frentes, y fue finalmente obligado a refugiarse en Granada, donde, apoyado por los comerciantes y los marineros del lago, resistió un sitio que duró desde mayo de 1854 hasta el mes de marzo del presente año [1855], cuando las tropas sitiadoras se retiraron. Pero antes que pudiera valerse de esta mejor situación, cayó enfermo y murió; y aunque sus partisanos están aún alzados en armas, es de suponer que no podrán prevalecer en el Estado contra la inequívoca opinión pública. Sea como sea, lo cierto es que el sitio ha dejado en ruinas una gran parte de Granada y ha infligido un golpe contra su prosperidad del que no podrá recuperarse en muchos años.<sup>22</sup>

La población de Granada se calcula entre 12,000 y 15,000 almas, incluyendo el suburbio y municipio separado de Jalteva. Cuenta con siete iglesias, un hospital y una universidad nominal. Antiguamente tenía dos o tres conventos, pero fueron todos suprimidos durante la revolución de 1823 y desde entonces no se ha hecho intento alguno por reactivarlos. Los edificios que ocupaban están en ruinas o han sido destinados a otros propósitos.

He dicho ya que la posición de Granada se eligió bien. Hacia el sur, a distancia de pocas millas, se yergue el volcán Mombacho con su escarpado cráter, mientras hacia el oeste, ondulantes colinas y bajas crestas se interponen entre la ciudad y el océano Pacífico. Hacia el norte hay sólo extensas llanuras aluviales densamente arboladas, que poseen un suelo rico y muy a propósito para cultivar arroz, azúcar, algodón y cacao. Pero en ningún

<sup>22</sup> Al momento de publicación de este artículo en el *Harper's New Monthly Magazine* (octubre y noviembre de 1855), Granada caía en peores manos: las del filibustero norteamericano William Walker.



GRANADA VISTA DESDE EL OESTE

sitio de los alrededores puede el viajero obtener un panorama satisfactorio de la ciudad. Sus bajas casas están cubiertas por los árboles que crecen en los patios y que rodean la ciudad por todos sus costados, de modo que poco puede apreciarse, excepto largas hileras de monótonos tejados rojos y la torre de las iglesias. El grabado adjunto, dibujado desde el lado oeste, da una buena idea de la apariencia de los suburbios, donde las casas están esparcidas y son comparativamente pobres. Se eligió principalmente para mostrar un profundo cauce, que al parecer es una hondonada abierta originalmente por un terremoto que luego fue socavada por la acción del agua. Se extiende en torno a la ciudad por tres de sus lados y constituye una defensa natural de no poca importancia. Tiene entre sesenta y cien pies de profundidad, sus paredes son abruptos precipicios, y sólo puede cruzarse en dos o tres sitios donde se han cortado terraplenes, de arriba hacia abajo por un lado y de abajo hacia arriba por el otro. Esta singular característica posiblemente tuvo algo que

ver en la ubicación del sitio del antiguo poblado indígena.

El gran lago de Nicaragua fue llamado *Cocibolca* por los aborígenes. Es sin duda alguna el accidente natural más notable del país, y, aparte de su belleza, ha sido objeto de singular interés por las supuestas facultades que presenta para la apertura de un canal navegable entre los grandes océanos. Modernas investigaciones han disipado muchas de las ilusiones que han existido en lo que concierne a ese proyecto, y demuestran que los obstáculos para su realización han sido hasta ahora sólo a medias comprendidos. Esas investigaciones han demostrado que el río San Juan nunca será navegable para navíos, y que el mayor obstáculo en la empresa propuesta no se halla, como antes se había supuesto, entre el lago y el Pacífico, sino entre el lago y el Atlántico: una distancia de 128 millas, en cien de las cuales sería necesario cavar un canal a través de un territorio insalubre y de lo más adverso para la realización de esta empresa. También se ha determinado que, aunque ese canal facultaría grandemente el comercio de los Estados Unidos, acortando la travesía hacia la costa oeste de América, a las islas Sandwich y a las Indias Orientales, aún así, en lo concerniente a Europa, el ahorro sumado sobre la ruta del Cabo de Buena Esperanza sería poco considerable y de ningún modo equivaldría al valor de los peajes que el canal requeriría para mantenerlo abierto y bien mantenido. Usando el propuesto canal, el viaje desde Inglaterra hasta Cantón sería 200 millas más largo de lo que es ahora por el Cabo de Buena Esperanza; a Calcuta serían 3,900 millas más, y a Singapur 2,300 millas! Ante tales datos, sería locura pensar que la empresa recibirá el apoyo comercial o político de las potencias de Europa, que de suyo han sido bastante humilladas por la competencia marítima americana, de modo que no prestarían su apoyo para revertir la favorable superioridad física que ahora poseen sobre los Estados Unidos en el comercio con el Oriente.<sup>23</sup>

23 En la primera edición de su libro *Nicaragua: its people, scenery, monuments, and the proposed interoceanic canal*, 2 vols., D. Appleton & Co., 1852, Squier apoyaba la construcción de un canal en Nicaragua. Pero tres años después, al momento de



El lago de Nicaragua tiene una longitud de no más de ciento veinte millas y mide entre cuarenta y cinco o cincuenta de anchura en promedio. Es profundo, excepto en la costa norte, donde presenta extensos bajíos y se nutre de numerosos ríos, principalmente del elevado distrito de Chontales. Un estero llamado “*Estero de Panaloya*,” y un pequeño riachuelo, el río Tipitapa, lo conectan con el lago de Managua, más elevado. Abundan en él los peces y también está infestado por una especie de tiburones, que los nativos llaman *tigrones* debido a su ferocidad. En ocasiones atacan al hombre con resultados fatales. Existe una especie de flujo y reflujo en las aguas del lago, lo que hizo pensar a los primeros exploradores que era un estuario o bahía del mar. El fenómeno, sin embargo, tiene una fácil explicación. Como he dicho antes, el viento predominante en Nicaragua es el alisio noreste, que aquí sopla cruzando todo el continente. Es más fuerte al mediodía y hacia el atardecer, cuando empuja y acumula las aguas, por así decirlo, contra la costa occidental del lago; mengua hacia la mañana, restableciéndose el equilibrio, y esto causa el reflujo. La regularidad con que sopla este viento imprime al flujo y reflujo del lago una regularidad correspondiente. A veces, cuando sopla de continuo y con mayor fuerza que lo normal, se inundan las tierras bajas de la costa occidental, pero esto rara vez ocurre.

Durante nuestra breve estadía, Granada estaba en profunda conmoción. Había sido escenario de algo bastante común allá en casa, pero novedoso y sin precedente aquí: ¡una estafa! Tras la apertura del Tránsito, se había adoptado la costumbre de que los comerciantes hicieran envíos a sus corresponsales en el extranjero mediante notas emitidas por los agentes de la Compañía del Tránsito, evitando de esta manera el riesgo y la molestia de enviar efectivo. Un hábil mañoso, procedente quizás de Nue-

---

escribir este artículo, se manifestó en contra de dicho canal. Es posible que su interés en promover un proyecto de ferrocarril (canal seco) a través de Honduras le haya hecho cambiar de opinión con respecto al canal nicaragüense.

va York o de San Francisco, modesto caballero de gafas y sencilla vestimenta negra, se presentó un día ante uno de los principales comerciantes, y mostró un giro por \$10,000 que deseaba cambiar por oro y plata. Sus necesidades eran apremiantes, por lo que no se oponía a acceder a un pequeño “recorte.” El ingenuo *comerciante*, para nada reacio a que se le tomase por un banquero y tampoco indiferente a llevarse “una pingüe ganancia,” se sintió halagado, y de inmediato reunió, de sus propios fondos y los de sus amistades, la suma requerida —una extraña colección de plata nómada, reales españoles, seis peniques ingleses, francos franceses y monedas de diez centavos de los Estados Unidos. El documento fue debidamente endosado y la plata entregada a cambio. Esa noche se escuchó un carretón que crujía rumbo a la playa, donde su carga fue prontamente transferida a una “baja, oscura y sospechosa goleta” que mucho antes de la aurora se alejó de la vista de Granada. A los pocos días se supo la verdad. La gente podía comprender un robo o un asalto, una ventana forzada, o que balearan a un viajero, pero esta forma tan callada y sutil de lograr el mismo objeto era un refinamiento de la civilización que dejó perpleja a toda Granada. Se miraba a la gente presa de la ansiedad, hablando en murmullos por las esquinas, y hasta los aguadores abrían tamaños ojos del asombro. Los hombres se olvidaron de sus rezos y, enloquecidos, hicieron caso omiso de su siesta. Los centinelas en las esquinas de la Plaza desatendieron sus riñas con los transeúntes, y los oficiales de la guarnición se sentaban en las gradas del cuartel, ¡sin encender sus puros! Todos parecían consternados, tenían la vaga noción de que los habían “embaucado,” o que estaban soñando, pero no tenían muy claro qué había ocurrido.

A los pocos días el estupor empezó a disiparse; alguien sugirió que los perpetradores fuesen perseguidos, a lo cual todos dijeron “¡Cómo no!” y acto seguido ensillaron sus caballos. Pero entonces otro preguntó en qué dirección debían ir; pregunta que puso todo de nuevo en su lugar, así que desensillaron sus caballos. Finalmente, una vez que los “embaucadores” habían teni-

do tiempo de sobra para ponerse a buen recaudo, empezó en serio la persecución. Ésta resultó en la captura de un médico inglés residente en el país, quien de hecho había amputado una pierna sin matar al paciente, por lo que se le tuvo como alguien demasiado astuto e ingenioso para ser honesto. Se le retuvo en prisión por varios meses, pero al no haberse reunido evidencia para condenarlo, fue finalmente liberado. ¡Así terminó la primera lección en Granada acerca del arte y el misterio de las finanzas modernas!

—“Fue cosa muy extraña.”

—“Así lo fue, *amigo*, pero si viviera usted en Nueva York...!”

El volcán Mombacho, a veces escrito *Bombacho* en los mapas antiguos, presenta una base ancha y una cumbre escarpada. Mide cerca de 4,500 pies, poco menos de una milla, en altura vertical.<sup>24</sup> Entre los nativos son muy pocos los que lo han escalado, aunque casi todos tienen alguna historia que contar sobre la espléndida laguna que hay en su cumbre y las cosas maravillosas que encuentra el viajero en su ruta hacia ella. Con mucho trabajo logré persuadir a un antiguo *marinero* —que había ascendido varios años antes con el Caballero Friedrichthal,<sup>25</sup> en cuya compañía pasó varios días en la cumbre— para que me sirviera de guía. La cara del volcán que mira a Granada es inaccesible, y decidimos que sería menester ir hasta el poblado indio de Diriomo, situado en la base suroeste de la montaña, y desde allí intentar el ascenso.

Por consiguiente, hicimos nuestros arreglos esa víspera y, temprano a la mañana siguiente, todavía a oscuras, montamos nuestras mulas y partimos hacia Diriomo. Pasamos los muros del *Campo Santo*, pálido y espectral bajo la incierta luz, y entramos de inmediato al bosque por un angosto sendero. Apenas podíamos percibir la mula blanca de nuestro guía, que punteaba el camino, y tuvimos que confiar en la sagacidad de nuestras

24 La verdadera altura del volcán Mombacho es de 1,400 m sobre el nivel del mar.

25 El naturalista austríaco Enmanuel Ritter von Friedrichsthal visitó Nicaragua en 1841.

bestias para seguir la ruta. A intervalos, el roce de las ramas colgantes sobre el sombrero ahulado de nuestro guía, y su agudo “¡Cuidado!” nos alertaba a agacharnos en nuestras sillas, para evitar caer derribados de nuestras monturas. “Agachado va seguro” es una sabia indicación cuando se cabalga de noche por bosques tropicales. Luego de una hora o más de esta precaria travesía, empezó a rayar el alba, y poco después emergimos del bosque a una región relativamente abrupta y escarpada. Las laderas del volcán están hendidas por profundas barrancas que hieren sus costados y que irradian de su falda. Estas barrancas están cundidas de árboles, arbustos y lianas, pero las crestas entre ellas están desnudas, nutriendo apenas pastos largos y montunos, agostados y amarillentos por los continuos calores. A medida que cabalgábamos, a ratos nos veíamos inmersos en oscuras malezas; para emerger de pronto a las estrechas sabanas de las crestas, desde donde divisábamos brevemente el lago, que reflejaba apenas la sonrosada luz que se levantaba sobre las colinas de Chontales. La brisa matutina soplaba dulce y bondadosa en nuestras frentes y saturaba nuestros pulmones con un reconfortante frescor.

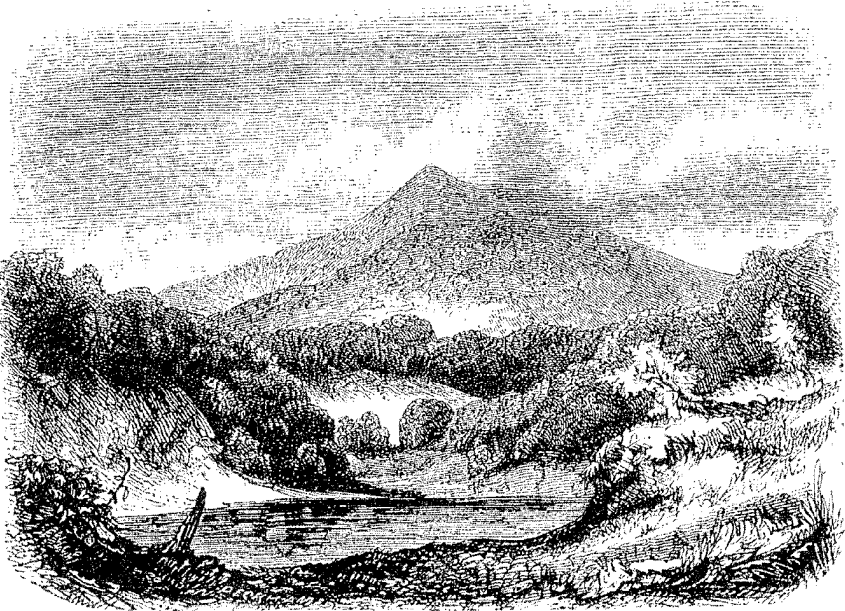
Una hora después ya habíamos llegado a la base de los altos promontorios cónicos de escoria, carentes de árboles pero cubiertos de pasto, que conforman una característica sobresaliente del panorama a espaldas de Granada. Su forma es por demás regular, y parecen haber sido modelados con cenizas y escorias expulsadas por el volcán durante una erupción y acarreadas aquí por el viento. De hecho, son acumulaciones de ceniza volcánica, y, puesto que se les halla en mayor o menor cantidad en las cercanías de casi todos los volcanes del país, indican de modo infalible la dirección de los vientos prevalecientes.<sup>26</sup>

En torno a estos conos encontramos áreas taladas, ahora cubiertas por tupidas malezas, que antiguamente fueron ha-

<sup>26</sup> Estas colinas se encuentran en la base occidental del Mombacho y están formadas por viejas coladas de lava.

ciendas de maíz y añil. Más allá, el camino se interna en una espesa floresta y serpentea por una alta cresta de rocas volcánicas y lava, que se extiende en dirección al volcán Masaya. A medio camino de la cumbre, fulgurante como diamante entre las rocas, se halla un copioso manantial de frescas aguas, portador de un sonoro nombre indígena que he olvidado, donde nos detuvimos para llenar nuestras cantimploras y dar descanso a las mulas. Es un paraje encantador, arqueado de árboles, que las nutrientes aguas mantienen ataviados de un verdor perenne. De tiempos inmemoriales ha sido refugio predilecto de los indios, y las rocas en su entorno se ven pulidas por el paso de miles de pies.

En la cumbre de la colina nos encontramos una figura labrada en piedra, firmemente plantada en el suelo, a la vera del sen-



EL VOLCÁN MOMBACHO VISTO DESDE EL SUR

dero. Tiene el mismo estilo de los ídolos que descubrí en las isletas del lago durante mi primera visita a Nicaragua, pero hoy en día se usa —según dijo nuestro guía— para marcar el lindero entre los territorios de los indios de Diriomo y los de Jalteva. Por toda Centroamérica el viajero se encuentra a la vera de los senderos con túmulos de piedras que tienen un uso similar. Pues entre los indios, como entre Labán y Jacob, son testimonio de alianza: “Que no cruzaré yo sobre este montículo hacia vos, y vos no habrás de cruzar este montículo y este pilar hacia mí, para hacernos mutuo mal.”

Luego de ascender la cresta, el terreno se tornó ondulado, y hallamos por doquier parcelas de plátanos, caña y maíz, que comparados con la vegetación de otras áreas, lucían frescos y lozanos. Esto se debe al volcán, que se interpone al paso de los vientos alisios e intercepta las nubes que ellos portan en sus alas para luego precipitarlas en chubascos bajo su alero. Y así, mientras el país entero sufre sequía, la bondadosa lluvia acaricia este privilegiado sitio, reteniendo su verdor y su belleza.

Eran escasamente las nueve cuando arribamos a la villa de Diriomo, extensa pero desperdigada. Sin embargo, no hicimos alto allí. Girando abruptamente hacia la izquierda, cabalgamos al galope por un sendero ancho y bien apisonado, hasta llegar a la hacienda de cacao de la familia Bermúdez. Este es un sitio recoleto y encantador, desde donde se domina una hermosa vista de la ladera sur del Mombacho. Una pequeña laguneta en primer plano, y macizos de árboles intercalados con parches de oscura lava y unos cuantos campos de escoria rojiza, formaban el centro de una imagen de novedosa e insuperable belleza, donde el volcán se erguía majestuoso a la distancia.

Tras dejar las mulas al cuidado de los *mozos* de la hacienda, sin más pérdida de tiempo proseguimos nuestra expedición. Por espacio de dos horas el sendero serpenteaba por un terreno muy accidentado. A veces teníamos que abrirnos paso entre lechos de *crujiente* lava, caliente ya bajo el fuego del sol, para luego hundirnos en la espesura de arboledas enanas, y emerger, tal

vez, sobre una árida pendiente de ceniza y escoria, donde sólo medraban las secas púas del *maguey* o ágave y macollas de espinosos cactus.

Finalmente iniciamos el ascenso a la montaña propiamente dicha. Por este lado las paredes del cráter están desmoronadas, y presentan un temible boquete escarpado en forma de cono invertido, revestido de rocas negras y amenazantes que parecían ceñirse coléricas a nuestro paso. La cima lucía ahora dos veces más alta que antes, y en vano aguzamos la vista para distinguir el remedo de un sendero entre las erizadas masas de lava y rocas volcánicas agrupadas en salvaje desorden a uno y otro lado. Dos de nuestro grupo, amedrentados por las dificultades que encarábamos, decidieron anteponer al placer de contemplar un amanecer desde la cumbre —y también al prospecto de un desnucamiento o de miembros destrozados por alcanzarla— el de una apacible noche en una cómoda hamaca en la hacienda. Así pues, a la sombra de una gigantesca roca vaciamos sus cantimploras y nos separamos.

A partir de este punto, el ascenso fue sencillamente un fatigoso y caótico escalamiento. Ora aferrados a ásperas rocas angulares, ora asidos de raíces y ramas de retorcidos y esmirriados árboles, o desplazándonos penosamente por inclinadas pendientes de cenizas y arenas volcánicas que cedían bajo los pies, ascendíamos lenta y arduamente la montaña, cuya cumbre parecía elevarse más y más por los aires, mientras las nubes se desbocaban por trasponerla con vertiginosa velocidad. También el sol brillaba sobre las áridas laderas con férvido calor, y las radiaciones de las ampolladas rocas prácticamente nos quemaban los ojos cegándonos la vista. Al cabo de dos horas habíamos subido tanto que apenas podíamos divisar a nuestros amigos allá abajo, y aún así, al mirar hacia arriba, era imposible descubrir un perceptible avance en nuestro ascenso.

Pese a todo, seguíamos adelante, hiriéndonos las manos y magullándonos las extremidades en nuestro afán por alcanzar la cumbre antes de la puesta del sol. A las tres nos detuvo el repen-

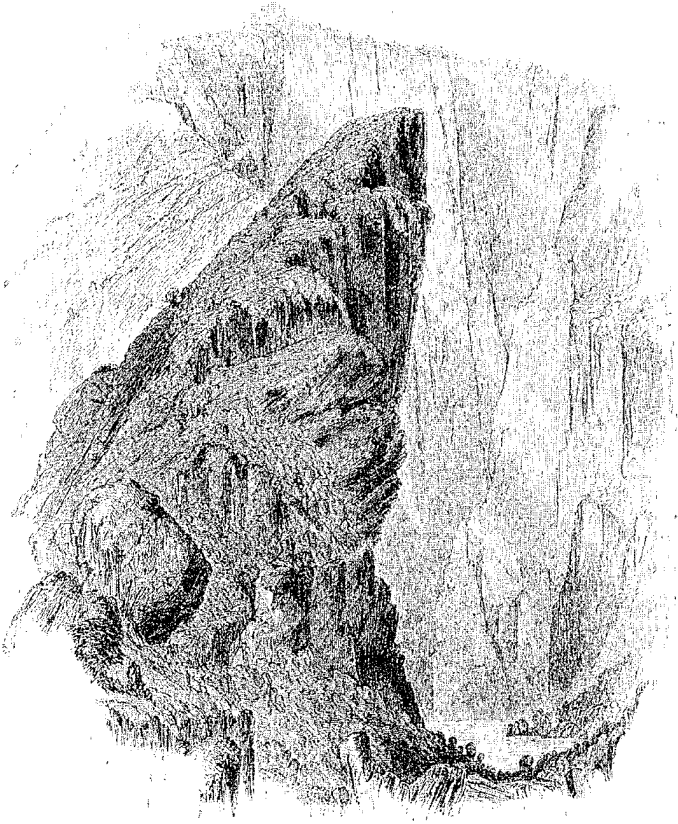
tino desvanecimiento del señor Z., un joven caballero granadino que se había ofrecido a acompañarnos. Por fortuna lo vi tambalearse y logré sostenerlo en brazos antes de que perdiera del todo el conocimiento. Un instante más y hubiera caído entre las rocas, pereciendo sin remedio. Pronto se recuperó del ataque y, tras reposar un rato, intentó continuar. Pero le fallaron las fuerzas, y otro episodio de desmayo, más indicios de una sufusión del cerebro, hicieron evidente que no podría continuar, ni tampoco regresar esa misma tarde. No había más remedio que acampar ahí mismo para pernoctar. Pero él no quiso escuchar tal propuesta, e insistió en quedarse acompañado por el guía hasta nuestro regreso. Así que lo condujimos a una hendedura entre las rocas donde estaría a resguardo del sol, y proveyéndolo de agua y comida, nos despedimos de él y continuamos nuestro ascenso.

Ahora que habíamos perdido a nuestro guía, me correspondió ser puntero del grupo. Era esta una posición de cierta responsabilidad, pues la montaña estaba aquí hendida por numerosos y profundos riscos, algunos de ellos de centenares de pies de profundidad, y era difícil escoger un rumbo que los evitara y que al mismo tiempo nos condujera hacia la cima. Además, habíamos alcanzado ya la región nubosa, que a menudo oculta la cumbre, y las nubes nos envolvían en sus pliegues húmedos y oscuros, aunque refrescantes. Mientras iban pasando no podíamos movernos, pues un solo paso en falso hubiera sido fatal.

Había encaminado mis pasos hacia un pico alto y anguloso, que juzgamos ser la parte más elevada de la montaña. Pero al alcanzarlo, luego de un esfuerzo prodigioso, vi que era sólo uno de los bordes quebrados del cráter y que el verdadero cuerpo de la montaña quedaba lejos, a la izquierda, separado del punto donde estábamos por una profunda fisura que sólo podría cruzarse descendiendo de nuevo por las rocas un trecho de casi mil pies. Esto fue, en varios aspectos, una gran desilusión, pero aún así nos alegramos de no tener que pasar allí la noche. Antes de volver sobre nuestros pasos, me arrastré con cautela hasta el propio borde de la roca. Ésta sobresalía por encima del antiguo cráter.



ter, que allá abajo abría sus fauces como un infierno. Retrocedí con un escalofrío, no sin antes avistar, en el mero fondo del rocoso abismo, una pequeña laguneta que brillaba con vivo fulgor en su áspera montura.



VISTA DEL CRÁTER DEL VOLCÁN MOMBACHO

Una vez de regreso a lo firme del volcán, llegamos a una pendiente relativamente lisa, cubierta por unos cuantos arbustos y un bosquecillo perenne; y, justo antes de la puesta del sol, luego

de pasar varios cráteres pequeños o antiguas fumarolas, logramos alcanzar la cima de la montaña.

Me había abstenido de ver el panorama mientras ascendíamos, ansioso por contemplar el portentoso paisaje que sabía que habría de extenderse ante mis ojos, en toda su vastedad y belleza. Agotado, desfalleciente, lastimado y sangrante, ¡aún así, esa sublime vista compensó todo ello! El lenguaje puede apenas insinuarla. El inmenso Pacífico, dorado bajo el sol poniente, se extendía al infinito hacia el oeste; y el lago de Nicaragua yacía inmóvil a nuestros pies con sus resplandecientes aguas tachonadas de islas. Más allá se alzaban las ocres colinas de Chontales, y aún más allá, alineadas de nivel en nivel, llas altas, azules hileras de las Cordilleras de Honduras, veteadas de plata! Giré hacia el sur y ahí, hendiendo el diáfano aire con sus altivos conos, se erguían los elegantes picos de Ometepe y Maderas. Y aún más allá, se levantaba el volcán de Orosí, con su oscuro penacho de humo ondeando en la distancia, por leguas y leguas, contra el horizonte, delineando un cinturón de ébano contra la gigantesca masa del Cartago,<sup>27</sup> coronado de nubes, dominando airoso los dos grandes océanos. Hacia el norte la vista era igualmente variada y extensa. Allí, anidado entre colinas de eterno verdor, se extendía el grande y bello Lago de Managua. En su extremo más remoto se erguía enorme el volcán Momotombo, vigilando cual gigantesco guardián las dormidas aguas. Y más lejanas aún, rematando la tenue perspectiva, se perdían en la distancia los picos que erizan la llanura de León. Y, aparentemente a nuestros pies, pese a que dista diez millas de la falda de la montaña, se hallaba el volcán Masaya, ancho y bajo en medio de extensos campos de lava, que, rugosa y negra, contrasta agudamente con los bosques y sembradíos aledaños. Las blancas iglesias de Granada y de los pueblos vecinos parecían puntas de plata bajo los sesgados rayos del sol. ¡Pocas veces, en verdad, ojos humanos contemplaron escena más bella!

27 Se refiere al volcán Irazú, en Costa Rica.

Mientras contemplábamos con incansable deleite, el sol descendía, y anchas sombras púrpuras se tendían sobre los lagos y planicies, y a su vez cada pico y montaña resplandecía con incrementado fulgor, como islas de ensueño en algún mar encantado. Pronto las sombras empezaron a invadir sus laderas, ascendiendo más y más, envolviéndolas una a una en su fresco abrazo. Al cabo, sólo quedaban las crestas más altas de Ometepe y Maderas, y en su entorno escarceaban los rayos del sol, como un amante que se demora en los labios de su amada en amorosos y prolongados adioses.

Pasaron el esplendor y la gloria; y arribó la imponente noche en su rutilante manto, en calma y majestuosa belleza. Y entonces, de cara a las estrellas, nos arropamos con nuestras mantas y nos tendimos sobre el desnudo suelo. El silencio era profundo, casi doliente, y más que disiparlo, hacía más hondo el retumbo del gran Pacífico, atenuado y remoto pero claramente discernible. De pronto escuchamos el tañer de las campanas de Granada marcando el paso de las horas. El sonido casi nos sobresalta por su aparente cercanía, pero, suave y armonioso en la atmósfera enrarecida, semejaba las expansivas notas del arpa eólica al ser pulsada por una brisa repentina.

La primera parte de la noche fue deliciosamente fresca, pero hacia la alborada nos despertó una bruma fría que se asentó en la cumbre de la montaña, cubriendo las rocas con gruesas gotas de rocío, y no se disipó sino hasta mucho después que el sol se había elevado sobre el horizonte.<sup>28</sup> Perdimos así el principal objeto de nuestra visita, pero nos consolamos con la reflexión de que nuestra imaginación no hubiera podido concebir nada más portentoso que el ocaso de la víspera. Eran pasadas las diez y no habíamos podido tender la vista más allá del reducido círculo en que nos encontrábamos, o avanzar hacia la pendiente oriental de la montaña, donde una abrupta depresión

28 A la puesta del sol el termómetro indicaba 65°F, mientras que en Granada a la misma hora marcaba 79°F, una diferencia de 14°F. (Nota original de E.G. Squier.)

y el canto de los pájaros parecían indicar que en esa dirección hallaríamos la laguneta de la que tanto nos habían hablado. No nos decepcionamos, pues pronto arribamos al borde de uno de los antiguos cráteres secundarios, o fisuras de lava del volcán. No era tan profundo como los otros que habíamos visto, y sus paredes, suavemente convergentes, estaban parejamente cubiertas de grama. Era, para usar una comparación doméstica, una hermosa oquedad semejante a un cuenco, de algo más de un cuarto de milla de ancho y unos doscientos pies de profundidad. En su fondo dormitaba una laguneta bordeada de árboles y arbustos, cargados de lianas que caían al agua en opulen-



LAGUNA Y CRÁTER

tas masas. Entre los árboles había palmeras de *coyol*, diminutas pero florecientes. Aunque lo más curioso de todo eran varios helechos arborescentes —los primeros que habíamos visto en Nicaragua— creciendo entre rocas sueltas, y parcialmente cubiertos por otros árboles. En ningún otro lugar de Centroamérica los había encontrado, salvo en la gran *barranca* de Guaramal en El Salvador. Sus frágiles hojas parecen translúcidas en los rayos del sol, tan etéreas y delicadas como el encaje de la escarcha en las ventanas de nuestras regiones septentrionales. Entre los árboles, y asomando ocasionalmente aquí y allá, había centenares de bulliciosos chocoyos. Mientras avanzábamos, una banda de guatusas<sup>29</sup> —una especie de liebre muy común en

29 Guatusa o agouti, *Dasyprocta punctata*.

los trópicos— se irguieron de pronto en sus patas traseras por sobre la hierba, nos miraron por un instante con evidente asombro, y huyeron en busca de refugio. En vano les disparé con mi revólver. El efecto de las descargas fue una maravilla. Una nube de chocoyos se alzó sobre los árboles y revolotearon en loca confusión en torno del antiguo cráter. Una pareja de cuervos,<sup>30</sup> que no habíamos detectado antes, también se alzaron volando en círculos sobre el agua, emitiendo sus roncos y discordantes graznidos, y una bandada de tucanes aleteó pesadamente de una a otra copa. En verdad, todo cuanto estaba dotado de vida en aquel remoto sitio parecía haberse espantado en salvaje estampida. Nosotros mismos estábamos un poco sorprendidos por aquel súbito batir de alas.

Mas pronto se acalló la algarabía y las asustadas aves regresaron de nuevo a sus frondosos escondites, desde donde nos vigilaron en silencio. Intentamos penetrar la maleza que rodeaba la laguneta, pero eran tan espesas las lianas y el suelo por demás tan pantanoso que desistimos del intento y nos contentamos con una grata taza de café bajo la sombra de un tupido árbol. Al hacer una medición barométrica descubrí que esta laguneta de montaña se encontraba a 4,420 pies sobre el nivel del mar.<sup>31</sup>

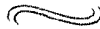
Cerca del mediodía, luego de echar un último vistazo desde la cumbre del Mombacho, iniciamos nuestro descenso. Éste fue más rápido y menos fatigoso que el ascenso, pero también más peligroso. Para nosotros era mucho más motivo de temor bajar algunas de las pendientes, rocosas y casi perpendiculares, que lo que había sido escalarlas. De hecho, en un par de ocasiones apenas podíamos creer que regresábamos por el mismo sendero que habíamos escalado. Sin embargo, sin más infortunio que los que

30 Los cuervos posiblemente han desaparecido de Nicaragua en la medida del despale de sus bosques.

31 En el presente no existe ninguna laguna cratérica a esa elevación en la cumbre del Mombacho. La ilustración que Squier insertó aquí (ver pág. anterior) representa posiblemente la laguna de Apoyo, pero la descripción corresponde mas bien a la laguna de Pichichá, situada en dirección opuesta, en la base suroriental del volcán.

suelen acompañar tales aventuras, como fue que nuestro barómetro se rompiera, llegamos al sitio donde habíamos dejado a nuestro exhausto compañero. Para nuestra sorpresa y momentánea alarma, no lo encontramos allí. Pero luego de una breve búsqueda descubrimos un trozo de papel colocado bajo un pequeño túmulo de piedras, donde nos informaba que su descanso nocturno lo había restablecido y que había aprovechado el fresco de la mañana para regresar. Complacidos de que no seríamos entorpecidos por un enfermo, proseguimos nuestro descenso, y al caer la tarde nos encontramos disfrutando de una aromática taza de chocolate en el hospitalario corredor de Bermúdez.

Pasamos la velada refiriendo las maravillas de la montaña ante un ramillete de atentas señoritas, que a cada pausa de la narración agrandaban sus lustrosos ojazos y exclamaban ¡*mirá!* Todas, menos la encantadora Dolores, que enrollaba *cigarritos* con sus ahusados dedos, y quien no habló del todo, más que con miradas tan intensas, que el narrador trastabilló en su recuento ¡y olvidó su relato cuando esas miradas se toparon con la suya! ¡Si valoráis la paz de vuestro espíritu, oh, forasteros, cuidaos de la ensoñadora Dolores!



NOVIEMBRE DE 1855

**UNA HACIENDA DE CACAO** es una de las posesiones más codiciadas del mundo para un hombre de buen gusto y libre de obligaciones. Se asemeja más a un hermoso parque, con sus anchas veredas que corren en diferentes direcciones, que a cualquier otra cosa con que se le compare. El árbol que produce la semilla, o mejor dicho el fruto, se conoce entre los botánicos como *Theobroma*, que en griego significa “alimento de los dioses.” Rara vez crece más allá de los veinte pies; sus hojas son grandes, oblongas y puntiagudas, y guardan cierto parecido con las de nuestro nogal. Las flores son pequeñas, de color rojo pálido. Las semillas crecen en grandes bayas y en su madurez son de color

rojizo, llegando a medir cuatro o cinco pulgadas de largo y dos y media o tres de diámetro, con estrías o surcos como los de cierta variedad de melón.<sup>32</sup> Algunas de estas bayas contienen hasta cincuenta semillas. El árbol es frágil y se debe proteger de los abrasadores rayos solares, sin privarlo del calor necesario para propiciar su crecimiento y la maduración de su fruto. Esto se logra dándole sombra, cuando joven, con cepas de plátano. Al mismo tiempo se siembra a su lado una planta de *Erythrina*,<sup>33</sup> que, por ser más rápido su crecimiento, eventualmente le dará toda la protección requerida. Se derriba entonces la cepa de plátano y el árbol de cacao empieza a medrar. Al cabo de siete años comienza a rendir frutos, pero no alcanza su perfección sino hasta los quince años. La *Erythrina* o árbol de coral, también llamada *Cacao Madre*, alcanza una altura de cerca de sesenta pies, y a finales de marzo o inicios de abril produce infinidad de flores de color carmesí brillante. En esta temporada, una llanura extensa cubierta de cacaotales es algo magnífico. Vistos desde un otero, los extensos bosques de *Erythrina* dan la impresión de estar envueltos en llamas.

El cacao es originario de América, donde su semilla era muy usada por los indios antes de la Conquista, no sólo como ingrediente de una deliciosa y nutritiva bebida, sino también como moneda. De hecho, todavía se usa como valor de intercambio en los mercados de todas las principales ciudades de Centroamérica, donde la escasez de monedas de valor inferior a los tres centavos hace conveniente su uso en transacciones menudas. Antiguamente, y creo que todavía hoy, doscientas semillas o granos equivalían a un dólar. El cacao de Nicaragua es de proverbial excelencia, y ocupa el segundo lugar después del de Soconusco, el que durante el dominio español fue monopolio de la Corona.

32 En el texto original, Squier se refiere al "musk melon," también conocido como "honeydew" o "Jenny Lind melon" (nombre científico: *Cucumis melo*). Sin embargo, esta variedad no presenta las ranuras o estrías mencionadas, aunque sí se encuentran en algunas variedades de calabaza tales como el "acorn squash."

33 Elequeme o poró.

Su valor, incluso en el mismo país donde se produce, es tres o cuatro veces mayor que el de Guayaquil, siendo ésta la única variedad que llega a los Estados Unidos.

Gran confusión existe en nuestro país en lo que concierne a tres nombres similares que pertenecen a tres productos diferentes, a saber: *Coco*, *Cacao* y *Coca*. El primero es el nombre de una variedad de palma cuya semilla, harto conocida como semilla de coco, no requiere descripción. *Cacao* es el fruto del árbol del cacao, (*Theobroma cacao*), descrito en los párrafos anteriores. O, si el erudito lector prefiere la descripción científica a la mía, es “una cápsula coriácea grande, tiene casi la forma de un pepino, de cuyas semilla se prepara la sustancia grasosa y ligeramente amarga llamada chocolate.” Finalmente, *Coca* es el nombre que se aplica a un arbusto (*Erythroxylon coca*) que crece en las laderas orientales de los Andes en Perú y Bolivia y que es, para los nativos de esos países, lo que el opio y el betel para los del sur de Asia. Las hojas son gruesas y aceitosas y se comen con un poco de cal para darle cierto sabor. Los indios de la *puna* con frecuencia subsisten de ellas durante varios días cada vez.

Como he mencionado, el árbol de cacao es tan delicado y tan sensible al sol directo, que requiere sumo cuidado para preservarlo durante los primeros años de su crecimiento. Empieza a dar fruto a los siete u ocho años y continúa siendo productivo por treinta y hasta cincuenta años. Capital y tiempo son, pues, indispensables para iniciar una finca; pero una vez establecida, es fácil que prospere mediante adiciones anuales. Se ha calculado que un sólo hombre puede atender mil árboles y recoger su cosecha. Por consiguiente, las fincas de cacao son más valiosas que las de azúcar, añil, algodón o cochinilla. Una buena plantación, bien atendida, rendirá un producto anual promedio de veinte onzas de semillas por árbol, lo que, multiplicado por mil árboles, suma mil doscientas libras. Al precio usual del mercado de \$25 por *quintal*, esto daría \$300 al año por cada mil árboles y por cada peón. La finca se valora a un dólar por árbol; puesto que se considera que la hacienda de Bermúdez contiene 130,000





HACIENDA CERCA DE GRANADA  
CON VISTA AL LAGO DE NICARAGUA

árboles, su valor se calcula en \$130,000 sin incluir el terreno, y su rédito anual es de unos \$40,000.

El añil constituye otra de las principales cosechas de Nicaragua; y el producto de este Estado solía obtener un precio más alto en los mercados de Europa que el de cualquier otro país del mundo. Su producción ha decaído mucho en años recientes, y sólo unas pocas haciendas de reconocida fama siguen en operación. Hay entre ellas una, que es propiedad de Don José León Sandoval,<sup>34</sup> en la inmediata vecindad de Granada. Es bien sabido por los visitantes que desde allí se domina la mejor vista del lago y del panorama adyacente que pueda hallarse en los alrede-

34 José León Sandoval fue Director Supremo del Estado de Nicaragua entre 1845 y 1847. Durante su gestión se elevó a Managua de la categoría de villa a la de ciudad.

dores de aquella ciudad. Es, por consiguiente, el punto de remate predilecto para todo *paseo* o cabalgata vespertina. Por supuesto que todos fuimos allí, no una, sino muchas veces.

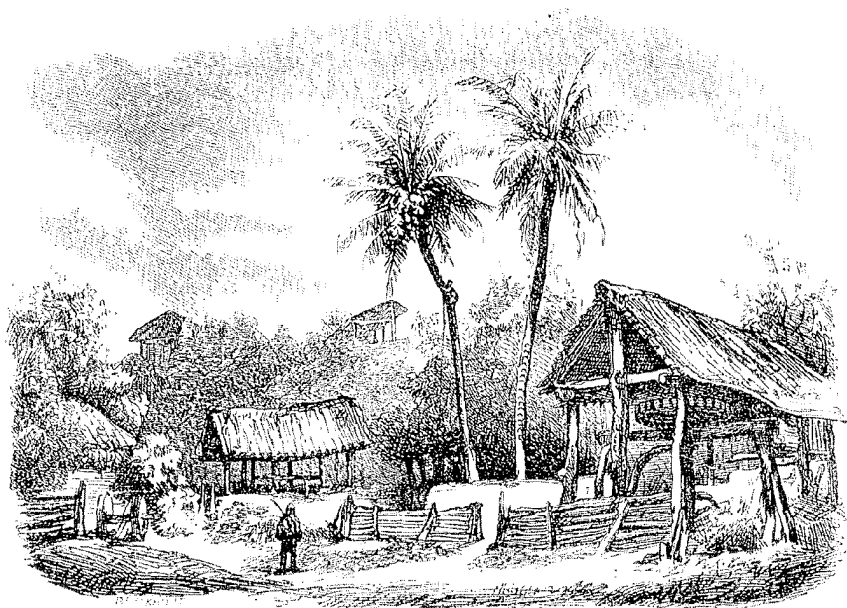
La casa hacienda se encuentra en el borde de un altiplano, con vista a los ricos suelos aluviales que se extienden desde ahí hasta el lago, y que ofrecen una encantadora variedad de praderas, plantaciones y floresta. Más allá de estos aluviones, el lago se extiende en la distancia hasta las altas y remotas costas de Chontales y hacia los picos de Ometepe por el sur. Al mirar tierra adentro se contempla la purpúrea mole del Mombacho, escoltada por los dorados conos de escoria que antes mencioné.

El añil de Nicaragua se obtiene de una planta nativa trianual (*Indigofera disperma*), que se halla profusamente distribuida por todo el país. Si bien alcanza su máximo desarrollo en los suelos más ricos, crecerá también en cualquier suelo, y poco le afectan las sequías o las lluvias excesivas. Para sembrarla, se limpia por completo el terreno, usualmente se quema, y con un apero parecido a un azadón se divide en pequeños surcos —de dos o tres pulgadas de profundidad, a una separación de un pie o catorce pulgadas— en cuyo lecho se siembran a mano las semillas. Una fanega de semillas basta para cuatro o cinco acres de terreno.<sup>35</sup> En Nicaragua se acostumbra plantar el añil al cierre de la estación seca, en abril o mayo, y para propósitos de manufactura, en dos y medio o tres meses alcanza su máximo desarrollo. Durante este tiempo hay que desyerbar con esmero, para evitar cualquier mezcolanza de plantas que pudiesen afectar la calidad del añil. Cuando está tierna la planta, que crece a una altura de dos a tres y medio pies, es muy parecida a la que en Estados Unidos se conoce popularmente como “trébol dulce,” y se parece también a los tiernos y delicados retoños del algarrobo.

Cuando las plantas se cubren de un polvillo verdoso, están listas para cosecharse. Esto se hace con cuchillos, a corta distancia arriba de las raíces, de modo que queden algunas ramas

35 Fanega, medida de volumen; en EE.UU. equivale a 35.237 litros. Acre, medida de áridos; equivale a 0.405 hectáreas.

—lo que en las Antillas Occidentales se conoce como “*ratoons*”— para un segundo crecimiento que producirá una segunda cosecha, misma que estará lista para cortarse seis u ocho semanas después de la primera. La cosecha del primer año es bastante nimia, la del segundo año se considera la mejor, aunque la del tercero es apenas inferior. Se dice que ciertos plantíos han sido segados a lo largo de diez años consecutivos sin necesidad de ser replantados.



OBRAJE DE AÑIL

Después que se cortan las plantas, se atan en pequeños manojos y se ponen a remojar en una gran pila de mampostería que llaman la “*maceradora*” (*remojadora*). Esta pila puede contener de mil a diez mil galones, según sean las necesidades de la finca. Sobre las plantas se colocan luego unos tablonces cargados

de pesas, y se agrega agua suficiente para cubrirlo todo, que luego se deja macerar o fermentar. La rapidez de este proceso depende mucho del clima y de la condición de la planta. A veces se completa en seis u ocho horas, pero por lo general no dura menos de quince a veinte horas. La duración apropiada se determina por el color del agua saturada; pero el gran secreto de toda la operación consiste en cuidar el punto justo de fermentación, pues de ello depende sobremanera la calidad del producto. Procurando no dañar la planta, el agua se escurre a una pila de menor altura, o “*golpeadero*,” donde se aporrea recio y sin cesar, con paletas de mano en las haciendas pequeñas; en las mayores, con ruedas impulsadas por tracción animal o por fuerza hidráulica. Esto se sigue haciendo hasta que el color verde que presenta inicialmente cambia a un azul, y hasta que la materia colorante o *floculæ* muestra una tendencia a cuajarse o a precipitarse. Esto a veces se acelera añadiendo ciertas hierbas. Se deja entonces asentar, y el agua se escurre con cuidado. La pulpa se acumula en gránulos, que semejan una suave y fina arcilla de color azulado. Posteriormente se guarda en sacos y se pone a secar al sol. Una vez seca, se acopia y se empaca en bolsones de cuero, que llaman *zurrones* y que contienen 150 libras cada uno. La calidad tiene no menos de nueve gradaciones, siendo la mejor la de más alta cifra. La pulpa de seis a nueve grados recibe el nombre de *flores* y es la mejor; la de tres a seis, *cortes*; y la de uno a tres inclusive, *cobres*. Las dos calidades más pobres no cubren ni los gastos. Una *manzana* de cultivo, es decir, cien yardas por cien, produce un promedio de un *zurrón* por cada corte. Una vez que las plantas han pasado por la pila, es requisito de ley quemarlas, pues al descomponerse generan millones de molestos insectos que se conocen como “moscas de añil.”

La planta de añil exige constante atención durante su desarrollo, y se debe cortar en un determinado período, pues de otro modo pierde su valor. Los procesos subsiguientes son delicados y requieren del mayor cuidado. Así pues, se comprenderá fácilmente que la producción de este rubro es la que más sufre por

las revoluciones y disturbios del país, cuando se hace imposible obtener mano de obra, o cuando los campesinos están sujetos a que en cualquier momento los reclute el ejército. Por consiguiente, este cultivo ha decaído en gran medida; muchas hermosas fincas están en completo abandono, y la exportación del rubro se ha reducido a menos de una quinta parte de lo que fue en otros tiempos. Su producción se encuentra ahora concentrada en El Salvador, donde la industria está mejor organizada que en los demás Estados.

Al cabo de una semana de nuestro arribo a Granada habíamos completado nuestros preparativos para viajar a León. Fijamos nuestra salida para la mañana, de modo de poder estar en Managua ese mismo día. Pero al llegar la mañana se habían extraviado algunas *mulas*, lo que es muy frecuente, y tuvimos otro ataque agudo de indolencia y rezago nicaragüense. Al rayar el alba ya estábamos “con el pie en el estribo,” pero nos dimos el gusto de andar resonando por los corredores de arriba abajo, hasta las tres de la tarde, cuando, luego de invocar poco cristianamente los castigos del *Infierno* para nuestros muleros, logramos por fin ponernos en marcha.

Llegamos al anochecer al gran pueblo de Masaya, situado cerca de las faldas del volcán del mismo nombre, que dista cuatro leguas de Granada. La región entre ambas ciudades forma ondulaciones y presenta numerosas escotaduras de barrancas como las que irradian de las faldas del Mombacho, que ya he descrito. Hay, sin embargo, algunos claros esporádicos de suelo llano, empleados para cultivos de maíz, algodón o tabaco, sin que falte el invariable acompañamiento de un platanar. El plátano es, de hecho, el principal sustento vegetal del pueblo de Nicaragua. Verde o maduro, asado, cocido, frito o en conserva, se incluye de mil maneras en cada comida. Y, como un acre de plátanos puede rendir igual cantidad de nutrimento que ciento treinta y tres acres de trigo, y además requiere de poca o ninguna atención, se infiere que el país que lo produce carece de grandes incentivos para ser industrial. Pues donde las necesidades

del hombre se satisfacen con tanta facilidad, la gente, por naturaleza, cae en un estado de indolencia del que rara vez se despiertan, como no sea por influjo de sus pasiones. H\_\_\_\_\_ anotó en su libreta, bajo un boceto de la mata de plátano: “*Plátano*, vocablo español: una institución para alentar la holgazanería!”

Al acercarnos a Masaya, los campos lucen salpicados de *huertas*, y vimos al paso cientos de indios, con sus morrales o salbeques repletos, unos de leña, otros de plátanos, naranjas, papayas, cocos y maíz, que llevaban de sus sembradíos a sus hogares. Niñas y niños, completamente desnudos, trotaban por las veredas con cargas acordes a su resistencia, que mantienen sobre sus espaldas mediante una banda que se ciñen en la frente,<sup>36</sup> pues es regla invariable entre los indígenas de toda América Central requerir de su prole una cierta cantidad de trabajo desde el primer momento que se muestran capaces de ello.

Masaya es uno de los pueblos principales de Nicaragua y cuenta con una población mayor que la de Granada misma. Está habitada casi exclusivamente por indios, que se distinguen por su habilidad y diligencia. Poseen no sólo vastas plantaciones que abarcan varias millas en torno al pueblo, cultivadas con el mayor esmero y de las que Granada obtiene gran parte de sus víveres, sino que también se dedican mayormente a la manufactura de sombreros de palma, *petates* o esteras, hamacas y jarcias de *pita* (henequén), aparejos de montura, calzado y muchos otros artículos. Cuentan también con varios *plateros* muy diestros, artífices que labran en oro y plata y que fabrican, entre otras cosas, un género de filigrana de oro trenzado que se conoce como *cadena panameña*. Conservan muchas de sus costumbres aborígenes, entre otras la del *tiangué*, que es un mercado o feria diaria. Una hora antes de caer el sol, vendedores de toda suerte de mercaderías, frutas, carnes y todo tipo de enseres y abastos que se producen en la ciudad y en sus alrededores,

<sup>36</sup> Se refiere al *mecapal*, banda o cinta tejida que se sujeta a la frente para sostener un saco o cualquier otra carga a las espaldas; todavía la usan los campesinos en ciertos lugares del país.

se empiezan a reunir en la *plaza* del pueblo, donde tienden su mercancía a la venta. Pronto la plaza se llena de una multitud de gente de lo más alegre, tanto como puede verse en cualquier parte del mundo, todos animosos y departiendo con el mejor humor. Por aquí se sienta una anciana con una batea repleta de las ricas semillas pardas del cacao; más allá, una risueña muchacha se arrodilla en un petate con una enorme pila de *dulces*; otra tiene un entramado de cañas engalanado con chorizos; a su lado, una vendedora de piezas de alfarería local de barro, alegremente policromadas y de graciosas formas, vocea su mercancía:

—¡Cántaros! ¡Cántaros nuevos!  
¿Quiere comprar?

Y acullá, una Ceres morena, con la cabellera adornada de flores, exhibe una docena de canastas pletóricas de frutas lozanas y deliciosas, y entona con melodiosa voz:

—¡Tengo naranjas, papayas, jocotes,  
sandías, melones, zapotes!  
¿Quiere comprar?

A uno y otro lado se ven rimeros de sombreros de diferentes formas, hamacas, fibra de algodón trenzado, jarcias de *pita*, mantas típicas, *petates* y una inmensa variedad de lo que los yanquis llamamos “abarrotos”; allí un talabartero expone los rústicos productos de su arte; el *zapatero* vocea sus zapatos; el *herrero*, sus machetes, bridas para caballos y otros artículos de hierro; un sujeto alto merodea por ahí portando un reloj de pared de Connecticut de recargada carátula, y al pasar nos hace un guiño cómplice; y una acicalada señorita se nos acerca tímida con una caja de estilo extranjero, y aparta el papel de seda para mostrarnos unos finos zapatos de satín y unos rollos de listones, y con su voz suave y su sonrisa dulce nos sugiere que nada sería más conveniente para las “apreciadas señoras” de nuestras “respetables mercedes,” y, como humanos que somos, le hacemos una compra. Me pregunto si la encantadora Dolores apreció

aquellos zapatos de satín, si los pisó levemente con sus diminutos pies, recordando al forastero que se los envió, ex profeso con un mensajero indio, allá desde el *tiangué* de Masaya. *¿Quién sabe?*

Empero, la cosa más notable en lo que concierne a Masaya es su laguna, de la que escribieron los antiguos cronistas con exaltadas notas. Es de origen volcánico, enclaustrada desde todos los costados por acantilados perpendiculares, que sólo se pueden descender, con dificultad y peligro, tomando las veredas labradas a medias en la roca. El viejo Oviedo, quien la visitó en 1529, calculó el descenso hasta la superficie del agua en “más de ciento treinta brazas,” y la mayoría de los visitantes en tiempos recientes, que la han escalado hasta abajo y han vuelto a subir a duras penas, están prestos a jurar solemnemente que no mide *¡ni una pulgada menos de mil pies!* Pero en el barómetro son en verdad apenas 480 pies. H\_\_\_\_\_ admitió que el barómetro tal vez fuera preciso en cuanto a la distancia *hasta* el agua, pero que la altura de las barrancas era otro asunto, —“¡una milla, por lo menos!” —mientras se secaba el sudor de la frente y abanicaba su lustrosa faz con el ala de su panamá.<sup>37</sup>

“Fui con el jefe de Nindirí —dice Oviedo<sup>38</sup>— a visitar esta hermosa laguna. Para llegar a ella, tuvimos que bajar por el sendero más empinado y peligroso que imaginarse pueda, pues hay que descender por sobre rocas que parecen ser de hierro sólido, y en ciertos trechos es por completo perpendicular y se tienen que usar escalas de seis o siete peldaños. El trayecto entero del descenso está sombreado por árboles y son más de ciento treinta brazas hasta la laguna, que es muy bella, y su diámetro tal vez mide más de legua y media. El cacique me hizo saber que en los alrededores de la laguna hay otros veinte senderos o más, aún peores que el que tomamos, y que los habitantes de los pueblos

37 El nivel del agua de la laguna de Masaya se encuentra a 193 msnm. La elevación de los farallones circundante es de 70 m.

38 Ver Pérez Valle, Eduardo, *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo*, Fondo de Promoción Cultural del Banco de América, Serie Cronistas no. 3, 1976, pp. 372-4.

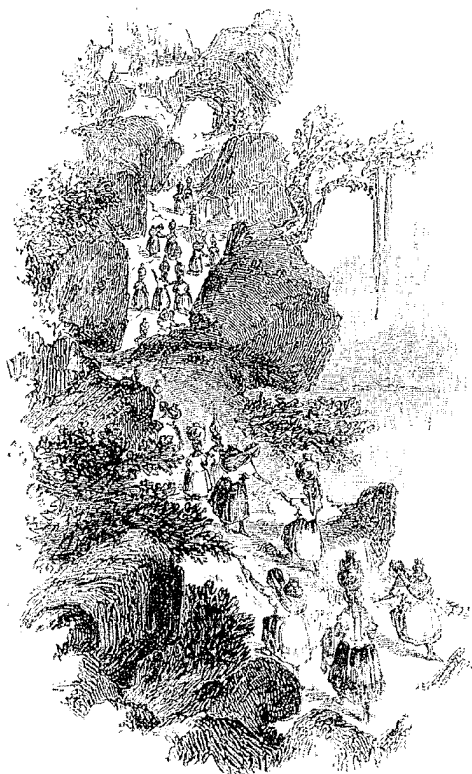


vecinos, más de cien mil en número, vienen todos aquí para abastecerse de agua. Debo confesar que durante el descenso me arrepentí más de una vez de mi falta de cautela, pero persistí más que nada por la vergüenza de declarar abiertamente mis temores, y en parte debido al estímulo de mis compañeros, y admirado también de ver a los indios cargando arroba y media de agua (unas 40 libras), subir tan campantes como si anduvieran en un llano. Al llegar al fondo hallé el agua tan caliente que sólo una intensa sed me hubiera inducido a beberla. Pero en el acarreo se enfría pronto, y es entonces la mejor agua para beber del mundo. Entre los bajaderos, hay uno formado por una única escala de cuerdas. Por no existir en varias leguas a la redonda ninguna otra fuente de agua y siendo la tierra fértil, los indios sobrellevan la inconveniencia, y obtienen su provisión de la laguna.”

Ni la laguna ni la gente han sufrido cambio alguno desde que Oviedo escribió esto, hace más de trescientos años. Igual que antaño, las mujeres de Masaya transitan a mañana y tarde por el camino sombreado y espacioso que lleva desde el pueblo hasta la orilla de la barranca. Los cántaros de agua, tan celebrados por la belleza de sus formas y la excelencia de su material, se llevan por lo general en un saco de red, acolchado por el lado que descansa sobre la espalda de la *aguadora*, y sostenidos por una banda ancha que se ciñen a la frente.<sup>39</sup> De ese modo llevan las manos libres para asirse de las rocas y de los trozos de madera que se han fijado aquí y allá para ayudarse en el ascenso. Algunas de las acarreadoras se ponen los jarros sobre la cabeza, y con las manos apoyadas en la cadera, avanzan hasta arriba a paso resuelto y firme, donde muy pocos extranjeros osarían aventurarse bajo ninguna circunstancia. Ascenden, dice Oviedo, con aparente sosiego;<sup>40</sup> el esfuerzo, empero, es grande, lo que

39 Ver nota 36, p. 46.

40 “...é también subían cargadas muchas indias con cántaros de una arroba é más de agua, tan sueltas como si fueran por un camino muy llano...” Ver Pérez Valle, op. cit., p. 373.



LAS "AGUADORAS" DE LA LAGUNA DE MASAYA

se hace evidente cuando llegan a la cima, con la frente empapada en sudor y el pecho agitado por los jadeos. En la cima hay una cruz, y ante ella las cargadoras se inclinan en señal de gratitud por haber podido subir sin percance.

Abundan los relatos populares sobre accidentes acaecidos a personas que en el trayecto se han visto acometidas por súbitos mareos o desmayos. Y se sospecha que en más de una ocasión alguna *aguadora* se ha librado sin mayor escrúpulo de su rival dándole un discreto empujoncito sobre el precipicio. Pero mentaría pensar tan mal de las cobrizas coquetas de Masaya.